

ESCENA VI

D. ALVARO. EL CAPITAN

CAPITAN. Hola, amigo y compañero...
 D. ALVARO. ¿Vais á darme alguna nueva?
 ¿Para cuándo convocado
 está el consejo de guerra?
 CAPITAN. Dicen que esta noche misma
 debe reunirse á gran priesa...
 De hierro, de hierro tiene
 el rey Carlos la cabeza.
 D. ALVARO. Es un valiente soldado,
 es un gran rey.
 CAPITAN. Mas pudiera
 no ser tan tenaz y duro.
 Pues nadie, nadie lo apea
 en diciendo no.
 D. ALVARO. En los reyes
 la debilidad es mengua.
 CAPITAN. Los jefes y generales
 que hoy en Veletri se encuentran
 han estado en cuerpo á verle,
 y á rogarle suspendiera
 la ley en favor de un hombre
 que tantos méritos cuenta...
 Y todo sin fruto. Carlos,
 aun más duro que una peña,
 ha dicho que no, resuelto,
 y que la ley se obedezca:
 mandando que en esta noche
 falle el consejo de guerra.
 Mas aun quedan esperanzas,
 puede ser que el fallo sea...
 D. ALVARO. Segun la ley. No hay remedio,
 injusta otra cosa fuera.
 CAPITAN. Pero ¡qué pena tan dura,
 tan extraña, tan violenta...!
 D. ALVARO. La muerte. Como cristiano
 la sufriré: no me aterra.
 Dármela Dios no ha querido
 con honra y con fama eterna
 en el campo de batalla;
 y me la da con afrenta
 en un patíbulo infame...
 Humilde la aguardo... venga.
 CAPITAN. No será acaso... aun veremos...
 puede que se arme una gresca...

El ejército os adora...
 Su agitacion es extrema,
 y tal vez un alboroto...

D. ALVARO. Basta... ¿qué decís? ¿tal piensa
 quien de militar blasona?
 ¿El ejército pudiera
 faltar á la disciplina
 ni yo deber mi cabeza
 á una rebelion?... No, nunca,
 que jamás, jamás suceda
 tal desórden por mi causa.
 CAPITAN. La ley es atroz, horrenda.
 D. ALVARO. Yo la tengo por muy justa;
 forzoso remediar era
 un abuso... *(Se oye un tambor y dos
 tiros.)*
 ¿Qué?
 ¿Escuchasteis?
 CAPITAN. El desórden ya comienza.
*(Se oye gran ruido; tiros, confusion y
 cañonazos, que van en aumento has-
 ta el fin del acto.)*

ESCENA VII

LOS MISMOS y EL SARGENTO, que entra muy presuroso

SARGENTO. ¡Los alemanes! los enemigos están
 en Veletri ¡Estamos sorprendidos!
 VOCES DENTRO. ¡A las armas! *(Sale el oficial
 un instante, se aumenta el ruido, y vuelve
 con la espada desnuda.)*
 CAPITAN. Don Fadrique, escapad: no puedo
 guardar más vuestra persona: andan los
 nuestros y los imperiales mezclados por las
 calles; arde el palacio del rey; hay una con-
 fusion espantosa; tomad vuestro partido.
 Vamos, hijos, á abriarnos paso como valientes,
 ó á morir como españoles. *(Vanse el capitán,
 los centinelas y el sargento.)*

ESCENA VIII

D. ALV. Denme una espada, volaré á la muerte:
 y si es vivir mi suerte,
 y no la logro en tanto desconcierto,
 yo os hago, eterno Dios, voto profundo
 de renunciar al mundo,
 y de acabar mi vida en un desierto.

JORNADA QUINTA

LA ESCENA ES EN EL CONVENTO DE LOS ÁNGELES Y SUS ALREDEDORES

ESCENA PRIMERA

*El teatro representa lo interior del claustro bajo del convento de los
 Angeles, que debe ser una galeria mezquina al rededor de un patio-
 cillo, con naranjos, adelfas y jasmínes. A la izquierda se verá la
 portería, á la derecha la escalera. Debe de ser decoracion corta, para
 que detrás estén las otras por su órden.—Aparecen EL P. GUARDIAN
 paseándose gravemente por el proscenio, y leyendo en su breviario.
 EL H. MELITON sin manto, arremangado, y repartiendo con un cu-
 charon, de un gran caldero, la sopa, al VIEJO, al COJO, al MANCO,
 á la MUJER y al grupo de pobres que estará apiñado en la portería.*

H. MELITON. Vamos, silencio y órden, que no
 están en ningun figon.
 MUJER. Padre, á mí, á mí.
 VIEJO. ¿Cuántas raciones quiere, Marica?...
 COJO. Ya le han dado tres, y no es regular...
 H. MELITON. Callen, y sean humildes, que me
 duele la cabeza.
 MANCO. Marica ha tomado tres raciones.
 MUJER. Y aun voy á tomar cuatro, que tengo
 seis chiquillos.
 H. MELITON. ¿Y por qué tiene seis chiquillos?...
 Sea su alma.
 MUJER. Porque me los ha dado Dios.
 H. MELITON. Sí... Dios... Dios... No los ten-
 dria si se pasara las noches como yo rezando
 el rosario, ó dándose disciplina.
 P. GUARDIAN. *(Con gravedad.)* ¡Hermano Me-
 liton!... ¡Hermano Meliton!... ¡Válgame
 Dios!
 H. MELITON. Padre nuestro, si estos desespe-
 rados tienen una fecundidad que asombra.
 COJO. A mí, P. Meliton, que tengo ahí fuera
 á mi madre baldada.
 H. MELITON. ¡Holal... ¿Tambien ha venido
 hoy la bruja? Pues no nos falta nada.
 P. GUARDIAN. ¡Hermano Meliton!
 MUJER. Mis cuatro raciones.
 MANCO. A mí ántes.
 VIEJO. A mí.
 TODOS. A mí, á mí...
 H. MELITON. Váyanse noramala, y tengan mo-
 do... ¿á qué les doy con el cucharon?...

P. GUARDIAN. Caridad, hermano, caridad, que
 son hijos de Dios.
 H. MELITON. *(Sofocado.)* Tomen, y váyanse...
 MUJER. Cuando nos daba la guiropa el P. Ra-
 fael lo hacia con más modo y con más temor
 de Dios.
 H. MELITON. Pues llamen al P. Rafael... que no
 los pudo aguantar ni una semana.
 VIEJO. Hermano, ¿me quiere dar otro poco
 de bazofia?...
 H. MELITON. ¡Galopo!... ¿Bazofia llama á la
 gracia de Dios?...
 P. GUARDIAN. Caridad y paciencia, hermano
 Meliton; harto trabajo tienen los pobrecitos.
 H. MELITON. Quisiera yo ver á V. Rma. lidiar
 con ellos un dia, y otro, y otro.
 COJO. El P. Rafael...
 H. MELITON. No me jeringuen con el P. Ra-
 fael... y... tomen las arrebañaduras *(les re-
 parte los restos del caldero, y lo echa á rodar
 de una patada),* y á comerlo al sol.
 MUJER. Si el P. Rafael quisiera bajar á decirle
 los Evangelios á mi niño que tiene sisiones...
 H. MELITON. Tráigalo mañana, cuando salga
 á decir misa el P. Rafael.
 COJO. Si el P. Rafael quisiera venir á la villa,
 á curar á mi compañero, que se ha caido.
 H. MELITON. Ahora no es hora de ir á hacer
 milagros: por la mañanita, por la mañanita
 con la fresca.
 MANCO. Si el P. Rafael...
 H. MELITON. *(Fuera de st.)* Ea, ea, fuera... al
 sol... ¡Cómo cunde la semilla de los perdidos!
 horrio... á fuera. *(Los va echando con el cu-
 charon y cierra la portería, volviendo luego
 muy sofocado y cansado donde está el Guar-
 dian.)*

ESCENA II

EL PADRE GUARDIAN y EL HERMANO MELITON

H. MELITON. No hay paciencia que baste, pa-
 dre nuestro.

- P. GUARDIAN. Me parece, hermano Meliton, que no os ha dotado el Señor con gran cantidad de ella. Considere que en dar de comer á los pobres de Dios, desempeña un ejercicio de que se honraria un ángel.
- H. MELITON. Yo quisiera ver á un ángel en mi lugar siquiera tres días... puede ser que de cada guantada...
- P. GUARDIAN. No diga disparates.
- H. MELITON. Pues si es verdad. Yo lo hago con mucho gusto, eso es otra cosa. Y bendito sea el Señor, que nos da bastante para que nuestras sobras sirvan de sustento á los pobres. Pero es preciso enseñarles los dientes... Viene entre ellos mucho pillo... Los que están tullidos y viejos, vengan en hora buena, y les daré hasta mi racion, el día que no tenga mucha hambre; pero jastiales que pueden derribar á puñadas un castillo, váyanse á trabajar. Y hay algunos tan insolentes... hasta llaman bazofia á la gracia de Dios... Lo mismo que restregarme siempre por los hocicos al P. Rafael; toma si nos daba más, daca si tenia mejor modo, torna si era más caritativo, vuelta si no metia tanta prisa. Pues á fe, á fe, que el bendito padre Rafael se hartó de pobres y de guiropa, y se metió en su celda, y aquí quedó el H. Meliton. Y por cierto no sé por qué esta canalla dice que tengo mal genio. Pues el P. Rafael tambien tiene su piedra en el rollo, y sus prontos, y sus ratos de murria como cada cual.
- P. GUARDIAN. Basta, hermano, basta. El P. Rafael no podia, teniendo que cuidar del altar, y que asistir al coro, entender en el repartimiento de la limosna: ni este ha sido nunca encargo de un religioso antiguo, sino incumbencia del portero... ¿Me entiende?... Y, hermano Meliton, tenga más humildad, y no se ofenda cuando prefieran al P. Rafael, que es un siervo de Dios á quien todos debemos imitar.
- H. MELITON. Yo no me ofendo de que prefieran al P. Rafael. Lo que digo es que tiene su genio. Y á mí me quiere mucho, padre nuestro, y echamos nuestras manos de conversacion. Pero tiene de cuando en cuando unas salidas, y se da unas palmadas en la frente... y habla solo, y hace visajes como si viera algun espíritu.
- P. GUARDIAN. Las penitencias, los ayunos...
- H. MELITON. Tiene cosas muy raras. El otro día estaba cavando en la huerta, y tan pálido y tan desemejado, que le dije en broma: Padre, parece un mulato; y me echó una mira-

da, y cerró el puño, y aun lo enarboló de modo, que parecia que me iba á tragar. Pero se contuvo, se echó la capucha y desapareció; digo, se marchó de allí á buen paso.

P. GUARDIAN. Ya.

H. MELITON. Pues el día que fué á Hornachuelos á auxiliar al alcalde, cuando estaba en toda su furia aquella tormenta en que nos cayó la centella sobre el campanario, al verlo yo salir sin cuidarse del aguacero, ni de los truenos que hacian temblar estas montañas, le dije por broma que parecia entre los riscos un indio bravo, y me dió un berrido que me aturrulló... Y como vino al convento de un modo tan raro, y nadie lo viene nunca á ver, ni sabemos dónde nació...

P. GUARDIAN. Hermano, no haga juicios temerarios. Nada tiene de particular eso, ni el modo con que vino á esta casa el P. Rafael es tan raro como dice. El Padre limosnero que venia de Palma, se lo encontró muy mal herido en los encinares de Escalona, junto al camino de Sevilla, víctima sin duda de los salteadores, que nunca faltan en semejante sitio; y lo trajo al convento, donde Dios sin duda le inspiró la vocacion de tomar nuestro santo escapulario, como lo verificó en cuanto se vió restablecido, y pronto hará cuatro años. Esto no tiene nada de particular.

H. MELITON. Ya, eso sí... Pero, la verdad, siempre que lo miro me acuerdo de aquello que V. Rma. nos ha contado muchas veces, y tambien se nos ha leído en el refectorio, de cuando se hizo fraile de nuestra orden el demonio, y que estuvo allá en un convento algunos meses. Y se me ocurre si el P. Rafael será alguna cosa así... pues tiene unos repentines, una fuerza, y un mirar de ojos...

P. GUARDIAN. Es cierto, hermano mio; así consta de nuestras crónicas, y está consignado en nuestros archivos. Pero, además de que rara vez se repiten tales milagros, entónces el Guardian de aquel convento en que ocurrió el prodigio, tuvo una revelacion que le previno de todo. Y lo que es yo, hermano mio, no he tenido hasta ahora ninguna. Con que tranquilícese, y no caiga en la tentacion de sospechar del P. Rafael.

H. MELITON. Yo, nada sospecho.

P. GUARDIAN. Le aseguro que no he tenido revelacion.

H. MELITON. Ya, pues, entónces... Pero tiene muchas rarezas el P. Rafael.

P. GUARDIAN. Los desengaños del mundo, las tribulaciones... Y luego, el retiro con que vive, las continuas penitencias... (Suena la

campanilla de la portería.) Vaya á ver quién llama.

H. MELITON. ¿A que son otra vez los pobres? Pues ya está limpio el caldero... (Suena otra vez la campanilla.) No hay más limosna; se acabó por hoy, se acabó. (Suena otra vez la campanilla.)

P. GUARDIAN. Abra, hermano, abra la puerta. (Vase.) (Abre el lego la portería.)

ESCENA III

EL H. MELITON y D. ALFONSO vestido de monte, que sale embozado

D. ALFONSO. (Con muy mal modo, y sin desembozarse.)

De esperar me he puesto cano.

¿Sois vos por dicha el portero?

H. MELITON. Tonto es este caballero. (Aparte.)

Pues que abrí la puerta, es llano. (Alto)

Y aunque de portero estoy,

no me busque las cosquillas,

que padre de campanillas

con olor de santo soy.

D. ALFONSO. ¿El Padre Rafael está?

Tengo que verme con él.

H. MELITON. ¡Otro Padre Rafael! (Aparte.)

amostazándome va.

D. ALFONSO. Responda pronto.

H. MELITON. (Con miedo.) Al momento.

Padres Rafaelés... hay dos.

¿Con cuál quereis hablar vos?

D. ALFONSO. Para mí mas que haya ciento.

El Padre Rafael... (Muy enfadado.)

H. MELITON. ¿El gordo?

¿El natural de Porcuna?

No os oirá cosa ninguna,

que es como una tapia sordo.

Y desde el pasado invierno

en la cama está tullido;

noventa años ha cumplido.

El otro es...

D. ALFONSO. El del infierno.

H. MELITON. Pues ahora caigo en quién es:

el alto, adusto, moreno,

ojos vivos, rostro lleno...

D. ALFONSO. Llevadme á su celda, pues.

H. MELITON. Daréle aviso primero,

porque si está en oracion,

disturbarle no es razon...

¿Y quién diré?

D. ALFONSO. Un caballero.

H. MELITON. (Yéndose hácia la escalera muy lentamente, dice aparte.)

¡Caramba!... ¡Qué raro gesto!

Me da malísima espina,

y me huele á chamusquina...

D. ALFONSO. (Muy irritado.)

¿Qué aguarda? Subamos presto.

(El hermano se asusta y sube la escalera, y detrás de él don Alfonso.)

ESCENA IV

El teatro representa la celda de un franciscano. Una tarima con una estera á un lado, un vasar con una jarra y vasos, un estante con libros, estampas, disciplinas y cilicios colgados. Una especie de oratorio pobre, y en su mesa una calavera. D. ALVARO, vestido de fraile franciscano, aparece de rodillas en profunda oracion mental.

D. ALVARO y EL H. MELITON

H. MELITON. ¡Padre, Padre! (Dentro.)

D. ALVARO. (Levantándose.) ¿Qué se ofrece?

Entre, Hermano Meliton.

H. MELITON. Padre, aquí os busca un maton, (Entra.)

que muy ternejal parece.

D. ALVARO. (Receloso.)

¿Quién, hermano?... ¿A mí?... ¿su nom-

H. MELITON. Lo ignoro; muy altanero, (bre?)

dice que es un caballero,

y me parece un mal hombre.

Él muy bien portado viene,

y en un andaluz rocin;

pero un genio muy ruin

y un tono muy duro tiene.

D. ALVARO. Entre al momento quien sea.

H. MELITON. No es un pecador contrito.

Se quedará tamañito, (Aparte.)

al instante que lo vea. (Vase.)

ESCENA V

D. ALVARO. ¿Quién podrá ser?... No lo acierto.

Nadie, en estos cuatro años,

que huyendo de los engaños

del mundo, habito el desierto,

con este sayal cubierto,

ha mi quietud disturbado.

¿Y hoy un caballero osado

á mi celda se aproxima?

¿Me traerá nuevas de Lima?...

¡Santo Dios!... ¡qué he recordado!

ESCENA VI

D. ALVARO y D. ALFONSO que entra sin desembozarse, reconoce en un momento la celda, y luego cierra la puerta por dentro, y echa el pestillo.

D. ALF. ¿Me conoceis?

D. ALV. No, señor.

D. ALF. No veis en mis ademanes

rasgo alguno que os recuerde
de otro tiempo y de otros males?
¿No palpita vuestro pecho,
no se hiela vuestra sangre,
no se anonada y confunde
vuestro corazón cobarde
con mi presencia?... O por dicha,
¿es tan sincero, es tan grande,
tal vuestro arrepentimiento,
que ya no se acuerda el Padre
Rafael, de aquel indiano
don Alvaro, del constante
azote de una familia
que tanto en el mundo vale?
¿Tembláis y bajáis los ojos?
Alzados, pues, y miradme.
(*Descubriéndose el rostro y mostrán-
dolo.*)

D. ALV. ¡Oh Dios!... ¡Qué veo! ¡Dios mío!

¿Pueden mis ojos burlarme?
¡Del marqués de Calatrava
viendo estoy la viva imagen!

D. ALV. Basta, que está dicho todo.
De mi hermano y de mi padre
me está pidiendo venganza
en altas voces la sangre.
Cinco años ha que recorro
con dilatados viajes
el mundo, para buscaros;
y aunque ha sido todo en balde,
el cielo (que nunca impunes
deja las atrocidades
de un monstruo, de un asesino,
de un seductor, de un infame),
por un imprevisto acaso
quiso por fin indicarme
el asilo donde á salvo
de mi furor os juzgaste.
Fuera el mataros inerte
indigno de mi linaje.
Fuiste valiente, robusto:
aun estáis para un combate:
armas no teneis, lo veo;
yo dos espadas iguales
traigo conmigo, son estas;
(*Se desemboza y saca dos espadas.*)
elegid la que os agrade.

D. ALV. (*Con gran calma, pero sin orgullo.*)

Entiendo, joven, entiendo,
sin que escucharos me pame,
porque he vivido en el mundo
y apurado sus afanes.

De los vanos pensamientos
que en este punto en vos arden,
también el juguete he sido;
quiera el Señor perdonarme.

Víctima de mis pasiones,
conozco todo el alcance
de su influjo, y compadezco
al mortal á quien combaten.
Mas ya sus borrascas miro
como el naufrago, que sale
por un milagro á la orilla,
y jamás torna á embarcarse.
Este sayal que me viste,
esta celda miserable,
este yermo, á donde acaso
Dios por vuestro bien os trae,
desengaños os presentan
para calmáros bastantes;
y más os responden mudos
que pueden labios mortales.
Aquí de mis muchas culpas,
que son ¡ay de mí! harto grandes,
pido á Dios misericordia:
que la consiga dejadme.

D. ALF. ¿Dejaros?... ¿quién?... ¿Yo dejaros
sin ver vuestra sangre impura
vertida por esta espada
que arde en mis manos desnuda?

Pues esta celda, el desierto,
ese sayo, esa capucha,
ni á un vil hipócrita guardan,
ni á un cobarde infame escudan.

D. ALV. ¿Qué decís?... ¡Ah!... (*Furioso.*)
(*Reportándose.*) ¡No, Dios mío!...

En la garganta se anuda
mi lengua... ¡Señor!... esfuerzo.
me dé vuestra santa ayuda.

Los insultos y amenazas (*Repuesto.*)
que vuestros labios pronuncian
no tienen para conmigo
poder ni fuerza ninguna.
Antes como caballero
supe vengar las injurias;
hoy, humilde religioso,
darles perdon y disculpa.

Pues veis cuál es ya mi estado,
y, si sois sagaz, la lucha
que conmigo estoy sufriendo,
templad vuestra saña injusta.
Respetad este vestido,
compadeced mis angustias,
y perdonad generoso
ofensas que están en duda.

(*Con gran conmoción.*)

¡Sí, hermano, hermano!

D. ALF. ¿Qué nombre
osais pronunciar?...

D. ALV. ¡Ah!...

D. ALF. Una
sola hermana me dejasteis,

perdida y sin honra... ¡Oh furia!!!
D. ALV. ¡Mi Leonor!!! ¡Ah! No sin honra,
un religioso os lo jura.
Leonor... ¡ay! la que absorbía
toda mi existencia junta. (*En delirio.*)
La que en mi pecho, por siempre...
por siempre, sí, sí... que aun dura...
una pasión... ¿Y qué, vive?
¿sabeis vos noticias suyas?...
Decid que me ama, y matadme,
decidme... ¡Oh Dios!... ¿me rehusa
(*Aterrado.*)

vuestra gracia sus auxilios?
¿De nuevo el triunfo asegura
el infierno, y se desploma
mi alma en su sima profunda?
¡Misericordia!... Y vos, hombre
ó ilusion, ¿sois por ventura
un tentador que renueva
mis criminales angustias
para perderme?... ¡Dios mío!

D. ALF. (*Resuelto.*) De estas dos espadas, una
tomad, don Alvaro, luego,
tomad: que en vano procura
vuestra infame cobardía
darle treguas á mi furia.
Tomad...

D. ALV. (*Retirándose.*) No, que aun fortaleza
para resistir la lucha
de las mundanas pasiones
me da Dios con bondad suma.
¡Ah! si mis remordimientos,
mis lágrimas, mis confusas
palabras, no son bastante
para aplacaros; si escucha
mi arrepentimiento humilde
sin caridad vuestra furia,
(*Arrodillase.*)

prosternado á vuestras plantas
vedme, cual persona alguna
jamás me vió...

D. ALF. (*Con desprecio.*) Un caballero
no hace tal infamia nunca.
Quién sois bien claro publica
vuestra actitud, y la inmunda
mancha que hay en vuestro escudo.

D. ALV. (*Levantándose con furor.*)
¿Mancha?... y ¿cuál?... ¿cuál?

D. ALF. ¿Os asusta?

D. ALV. Mi escudo es como el sol limpio,
como el sol.

D. ALF. ¿Y no lo anubla
ningun cuartel de mulato?
¿De sangre mezclada, impura...?

D. ALV. (*Fuera de sí.*)
¡Vos mentís, mentís, infame!

Venga el acero; mi furia
(*Toca el pomo de una de las espadas.*)
os arrancará la lengua
que mi clara estirpe insulta.
Vamos.

D. ALF. Vamos.

D. ALV. (*Reportándose.*) No... no triunfe
tampoco con esta industria
de mi constancia el infierno.
Retiraos, señor.

D. ALV. (*Furioso.*) ¿Te burlas
de mí, inicuo? Pues cobarde
combatir conmigo excusas,
no excusarás mi venganza.
Me basta la afrenta tuya:
toma. (*Le da una bofetada.*)
D. ALV. (*Furioso y recobrando toda su energía.*)
¿Qué hiciste?... ¡insensato!!!
ya tu sentencia es segura:
hora es de muerte, de muerte.—
El infierno me confunda. (*Salen ambos
precipitados.*)

ESCENA VII

*El teatro representa el mismo claustro bajo que en las primeras escenas
de esta jornada. EL H. MELITON saldrá por un lado, y como bajando
la escalera: D. ALVARO y D. ALFONSO, embosado en su capa, con
gran precipitación.*

H. MELITON. (*Saliéndole al paso.*) ¿A dónde
bueno?

DON ALVARO. (*Con voz terrible.*) Abra la
puerta.

H. MELITON. La tarde está tempestuosa, va á
llover á mares.

DON ALVARO. Abra la puerta.

H. MELITON. (*Yendo hácia la puerta.*) ¡Jesus!...
Hoy estamos de marea alta... ya voy... ¿quie-
re que le acompañe?... ¿hay algun enfermo
de peligro en el cortijo?...

DON ALVARO. La puerta pronto.

H. MELITON. (*Abriendo la puerta.*) ¿Va el pa-
dre á Hornachuelos?

DON ALVARO. (*Saliendo con don Alfonso.*) Voy
al infierno.

(*Queda el H. Meliton asustado.*)

ESCENA VIII

H. MELITON. ¡Al infierno!... ¡buen viaje!
También que era del infierno
dijo, para mi gobierno,
aquel nuevo personaje.
¡Jesus, y qué caras tan!...
Me temo que mis sospechas